



CONTINÚA EL MISTERIO



Kevin esperó unos segundos para contarnos más detalles de la sorprendente noticia que nos acababa de dar:

—El dueño de la sastrería de la *boutique* de moda París, situada en el número 10 de la calle Morgue, nos ha dicho que ha encontrado el dinero que robaron a Camille Lespan en su taller de costura.

Kevin nos contó que el presunto ladrón se llamaba William Bird y que era el ayudante del sastre Smilen, propietario de la *boutique*. Yo recordaba perfectamente su nombre. Bird había sido interrogado porque formaba parte del grupo de personas que habían entrado en la casa.

—Han encontrado un sobre con 4.000 dólares escondido entre las telas. Bird lo había ocultado ahí.

Esa era precisamente la cantidad que había en la casa de las dos fallecidas. El dueño de la sastrería lo denunció en cuanto lo descubrió. Su empleado, William Bird, había reconocido el hurto y ya había sido detenido. En parte me tranquilicé, pensando que





esa noticia significaba que exculparían a Brandy Bonnes. Por supuesto, regresamos de inmediato a la Jefatura de Policía.

Bird, el ayudante del sastre, apareció ya esposado. Era un chico nervioso; a pesar de tener las manos atadas, no paró de moverse y de rascarse la cabeza durante todo el tiempo que Dupin y yo estuvimos con él. Entre lágrimas, reconoció que estaba enganchado al juego y que tenía gravísimos problemas de dinero.

—No puedo evitarlo, me lo gasto todo en las carreras de caballos —reconoció con la voz rota.

Afirmó que había sido el primero en llegar al dormitorio principal. Nos contó que, solo entrar, tropezó con un objeto que estaba en el suelo. Cuando se agachó para ver qué era, comprobó que se trataba de una caja fuerte que, además, estaba abierta. En su interior vio varios fajines de dinero.

—Era una tentación demasiado grande —confesó.

Disimuladamente, Bird se guardó el dinero en un bolsillo interior de su chaqueta. Al día siguiente, lo escondió entre las telas de la sastrería.

Lo primero que yo había pensado era que el móvil del delito había sido el dinero, una teoría que quedaba confirmada con la confesión de Bird. Lo que no cuadraba de ninguna manera era cómo había tenido tiempo de matar a las dos mujeres si formaba parte del grupo que había entrado en la casa. Sin duda, se nos escapaba algo.



En ese instante, el agente Kevin irrumpió en el despacho con la taza de té que Dupin le había pedido. Al ver a William Bird, se quedó de piedra. ¡Era como si se hubiera topado con un fantasma! Ni Dupin ni yo comprendíamos nada. Kevin nos dijo que estaba de guardia la noche en que el ayudante del sastre fue a denunciar a Roderick Usher. Por eso pudo verlo. Bird reconoció que la versión del joven agente era cierta y que había denunciado a Roderick Usher porque pensaba que era capaz de asesinar. Además, sabía que si declaraban a Usher culpable, ya no buscarían al autor del robo del dinero.

Se produjo un tenso silencio. Yo estaba furioso con Bird; no podía dejar de pensar en Roderick. ¡Cómo había podido acusar a un inocente! Dupin se acercó más a él y le dijo que estaba en la Jefatura de Policía por un cargo mucho más grave:

—Se te acusa de haber matado a las dos mujeres de la calle Morgue —proclamó el inspector.

Bird rompió a llorar al oír las palabras de Dupin.

—Yo no soy un asesino —declaró entre gimoteos.

A pesar de que era un impresentable, me dio pena verlo llorar y, como no tenía nada con qué secarse las lágrimas, le ofrecí mi pañuelo. Nos juró una y otra vez que él era incapaz de matar a nadie. Me fijé en sus dedos, largos y finos. Sus manos eran especialmente delicadas. Se notaba que tenía un





trabajo que exigía tenerlas bien cuidadas. Si hubiera atacado a las víctimas, sin duda tendría alguna herida, marca o moratón por el forcejeo. O alguna uña rota. Pero estaban impolutas.

Cuando William Bird regresó a su calabozo, expuse mis dudas a Dupin. Me dio la razón. Bird había robado el dinero que había en casa de las víctimas, pero había actuado solo. Si se demostraba que el ayudante del sastre era inocente del doble asesinato, significaba que los autores eran otros y no habían actuado por motivos económicos. Entonces, ¿por qué las habían matado con tanta brutalidad? Podía ser la venganza de algún familiar o conocido de las víctimas; mas, incluso en ese caso, de nuevo teníamos el mismo problema. ¿Por dónde habían huido los asesinos?

Dupin negó con la cabeza:

—Seguiremos investigando —y añadió, después de una pausa—: William Bird permanecerá aquí detenido, pero, de todas formas, voy a tener que interrogar a Brandy Bones.

No quería ni imaginarme cómo iba a reaccionar Brandy cuando la policía lo detuviese.



Cuando miré a través de la ventana, ya había oscurecido. Me levanté de la silla de un brinco



imaginándome la bronca monumental que me iba a echar mi padrastro. Si encima estaba bebido, me iba a estrangular.

Salí de la Jefatura a paso tan rápido que ni siquiera escuché a Kevin diciéndome adiós. Como si se tratara de una maratón, fui corriendo durante todo el trayecto. Mi meta era sobrevivir a la reacción de mi padrastro. Era tan tarde que me estaba esperando en el porche. Llegué jadeando. Me situé frente a él y olí su aliento a alcohol.

—Lo siento mucho —repetí esa frase 10 veces—. Es que he tenido que acompañar a mi hermana al médico...

Mi padre adoptivo interrumpió mi coartada para gritarme que me callara. Me amenazó. Juró matarme. Mi madrastra se acercó a él para suplicarle que no me pegara. Hasta Neverland quiso defenderme; intentó aterrizar en la calva de mi padre adoptivo para picotear su cabeza. Pero yo le pedí que se largara o, de lo contrario, también recibiría una paliza. Entonces, cuando el puño de mi padrastro estaba a punto de impactar en mi ojo, sucedió algo extraordinario.

Alguien se estaba acercando a nuestra casa. Se trataba de Roderick Usher. Todos nos quedamos helados al verlo. A paso rápido se situó a mi lado. Me dedicó una tenue sonrisa mientras agarraba a mi padrastro por el cuello.





—No está bien pegar y, mucho menos, a los niños. Deja en paz a Edgar o tendrás que enfrentarte a mí —le amenazó.

Mis padres adoptivos no comprendían qué hacía ese hombre, al que todos tachaban de raro, delante de nuestra casa defendiéndome. Yo sí sabía por qué estaba ahí. Dupin le había dicho que yo lo había ayudado a demostrar su inocencia y ahora Roderick me estaba devolviendo el favor. Su mano era lo suficientemente grande para rodear casi por completo el cuello de mi padrastro, quien se retorció de dolor. Entonces, cuando pensaba que lo iba a matar, lo soltó bruscamente y se fue. Antes de irse, Roderick me guiñó un ojo.



Esa noche cenamos en silencio. Después de lo que había sucedido, mi padrastro no se atrevió a ponerme la mano encima. Mi madrastra me preguntó si sabía por qué Roderick Usher había venido a nuestra casa. Yo me encogí de hombros y juré una y otra vez que desconocía la causa de su visita.



—Nunca he cruzado más de dos palabras con él —respondí.

Durante la cena, por 2 veces derramé a propósito sal sobre la mesa en dirección a donde estaba mi padrastro. Estaba furioso con él y quería enviarle



toda la mala suerte del mundo. Si no hubiera sido por Roderick Usher, hubiera sido capaz de matarme.

Cuando me disponía a irme a mi habitación, mi padrastro me dijo que al día siguiente iría a la funeraria a barrer. No me extrañó nada su castigo. Me pasaría el domingo dándole a la escoba, pero había merecido la pena. Sonreí recordando la cara de terror de mi padrastro al ser amenazado por Roderick Usher.





BARRIENDO ENTRE MUERTOS



Cuando por la mañana salí de mi casa, oí unos gritos desgarradores. A 50 pasos de donde yo estaba, se había formado una pequeña aglomeración. Conté 14 personas. El pobre Brandy Bones era quien berreaba y suplicaba que le dejaran en paz. La policía lo había encontrado mendigando cerca de mi casa y se disponía a detenerlo.

—¡Yo no he hecho nada! —bramaba.

Se necesitó la fuerza de 3 agentes para sujetarlo. Muchos de los que estábamos allí, convencidos de que era inocente, queríamos ayudarlo. Yo intenté enviar a los policías la maldición de los ojos blancos, el ritual que utilizan los incas para asustar a los malos espíritus. Para ello, puse los ojos en blanco pensando que, haciéndolo, los policías soltarían a Brandy Bones; pero solo conseguí que Molly Plany, la dueña de la lavandería, me mirase como si me estuviera dando un ataque y, a continuación, me preguntase si me encontraba bien. Tuve que abrir los ojos y decir-





le que sí. La señora Grander se dirigió al agente de más edad y le dijo que aquel muchacho era incapaz de asesinar. A partir de aquí, la Correveidile comenzó a contarle cómo se habían conocido ella y Brandy con todo lujo de detalles. El policía, al final, le gritó que se callara.

Yo no quería presenciar cómo se llevaban a Brandy Bones, así que me alejé del lugar a toda prisa. Además, tenía que cumplir mi castigo.



Me conozco al dedillo la funeraria propiedad de mi padrastro, sobre todo el suelo que tantas veces he barrido. Es una de las más importantes de Boston. Tiene un elegante vestíbulo y dos despachos, así como dos salas para exposición de los muertos. Esas dos estancias tienen suelo de madera y están preparadas para dar cabida a unos cincuenta familiares y amigos. En una sala adjunta se preparan los cadáveres. El suelo es de piedra. Ahí se visten, se lavan, se maquillan y, si es necesario, hasta se afeitan. La publicidad de la funeraria dice que «nuestros muertos parecen los más felices del mundo». Junto al edificio principal se encuentra el almacén donde se agolpan ataúdes de todo tipo: desde los más caros, de ébano, hasta los más humildes, de pino, pasando por maderas de roble o abedul. Mis favoritos son los de ébano,



forrados en terciopelo, ya que resultan especialmente cómodos para echar una siesta.

Aquel domingo en que fui castigado, además, tuve una sorpresa. Rudy Gigant, uno de los empleados de la funeraria, me informó de que habían llevado a Camille y Berthe Lespan a una de las salas de preparación de cadáveres, aunque realmente no debería haberme extrañado, porque mi padre tenía un acuerdo con la Jefatura de Policía, que nos enviaba todos los cadáveres cuando finalizaban las autopsias. Cuando nadie reclamaba el cuerpo, como en este caso, se vestían con una túnica y al cabo de poco se enterraban en una zona común del cementerio del norte. Rudy Gigant me advirtió que no se me ocurriera entrar en la sala, dado que el espectáculo que ofrecían esas dos señoras era muy desagradable. Recordé que en el despacho de Dupin había visto una carpeta con el informe de la autopsia. El inspector me había asegurado que ese relato era tan brutal que no resultaba adecuado para mi edad.

Cuando Rudy Gigant salió de la funeraria para hacer unos recados, fui hasta el despacho donde se guardaba toda la documentación de los fallecidos. Sobre el escritorio, vi la carpeta que hablaba de los resultados de las autopsias de Camille y de Berthe Lespan. No pude evitarlo. Mi curiosidad me ordenó que la abriera. Entonces comprendí por qué Dupin no quería que lo leyera. Esto es lo que decía:



El doctor Paul Dumas fue el médico que examinó los cadáveres de las víctimas. El cuerpo de la joven Berthe aparecía lleno de contusiones y heridas de todo tipo. El hecho de que se hubiese metido en la chimenea bastaba para explicar tales marcas. La garganta estaba enormemente excoriada. Debajo del mentón había unos profundos arañazos y una serie de manchas lívidas provocadas por la presión de unos dedos. El rostro estaba horriblemente pálido y los ojos se le salían de las órbitas. En la región del estómago se descubrió una gran contusión, producida, aparentemente, por la presión de una rodilla. Según opinión del doctor Dumas, Berthe había sido estrangulada por una o varias personas.

La madre, Camille Lespan, también presentaba innumerables heridas. Todos los huesos de las extremidades se hallaban fracturados, debido a que el cuerpo cayó al vacío desde el segundo piso. Resultaba, sin embargo, imposible precisar el arma con que se habían inferido las heridas previas. Podría tratarse de una ancha barra de hierro, una silla o cualquier arma grande, pesada y contundente. Eso sí, en manos de un hombre sumamente robusto. Imposible que una mujer pudiera infligir tales heridas.

Me quedé con la boca abierta; me sentía mareado. Cuando recuperé el aliento, entré en la sala de los cadáveres. El castigo también incluía barrer esa

sala. Mientras empezaba a pasar la escoba, me juré a mí mismo que no miraría. Pero no pude evitar ver el cuerpo de Berthe. Su torso y sus extremidades estaban parcialmente tapados por una sábana. Sin embargo, la cabeza y el cuello quedaban al descubierto. Mi curiosidad hizo que mirara durante unas décimas de segundo. ¡Y vaya si me arrepentí! La cara estaba destrozada. El cuello, completamente negro. El espectáculo era tan desagradable que decidí concentrarme exclusivamente en barrer. Quería borrar de mi mente lo que mis ojos habían visto, pero no lo conseguía. Para distraerme, me dediqué a hacer pequeños círculos de suciedad. En total, formé 6 montoncitos perfectamente alineados, hasta que, de repente, me detuve.

Lo que acababa de ver era terrorífico, sí, pero no me contuvo para esbozar una enorme sonrisa. Estaba convencido de que acababa de dar con la pista definitiva. Evoqué la imagen de mi hermanita Rosalie. Cerré los ojos y la besé con tanta fuerza que protestó. Pero es que, gracias a ella, iba a resolver el caso del doble asesinato de la calle Morgue.

Ya conocía la identidad del asesino de Camille y Berthe Lespan.